

Todas las cuestiones tratadas hasta este punto involucraban la suposición de una lengua uniforme y el olvido momentáneo de sus niveles diferenciales. El tratamiento de la complejidad de las situaciones lingüísticas concretas, ya sea en el nivel de la misma lengua o de sus variedades dialectales u otras, se verifica con notable concisión y agudeza en el Cap. v.

El Cap. vi y último de la obra se refiere al problema de la evolución de las lenguas, que bien puede resumirse en sus últimas palabras: "il convient simplement de toujours donner la priorité à cet aspect de la causalité des phénomènes qui ne fait intervenir que la langue en cause et le cadre permanent, psychique et physiologique, de toute économie linguistique: loi du moindre effort, besoin de communiquer et de s'exprimer, conformation et fonctionnement des organes. En second lieu, interviendront les faits d'interférence d'un usage ou d'un idiome sur un autre. Sans faire jamais fi des données historiques de tous ordres, le diachroniste ne les fera intervenir qu'en dernier lieu, après avoir épuisé toutes les ressources explicatives que lui offre l'examen de l'évolution propre de la structure et l'étude des effets de l'interférence" (p. 217).

En suma, podemos concluir que estamos en presencia de un excelente manual de la actitud estructuralista y funcionalista frente a sus problemas preferidos y a ciertos tópicos de mayor generalidad. Se cumple perfectamente aquello de que "les différentes parties de cet ouvrage reflètent toutes, sans doute, les préférences et la personnalité de son auteur" (p. 7). Pero por esta misma razón creemos un tanto inadecuado el título de la obra; no se trata, en rigor, de un manual que nos ubique frente a la gran variedad doctrinaria que existe actualmente en el campo de la lingüística general y ante sus respectivas problemáticas, sino más bien de un orgánico conjunto de ensayos realizados desde una perspectiva comprometida.

Nelson Cartagena Rondanelli.

<https://doi.org/10.29393/At392-91OLBR10091>

Del otro lado del tiempo, de FERNANDO GARCÍA BLEST.

Prólogo de Raúl Silva Castro

Santiago de Chile, Zig-Zag, 1961. 174 páginas

En el presente año ha sido frecuente la revelación de novelistas de cierto cuño literario. Tal vez sus producciones carezcan de la perfección estilística y de situaciones bien acomodadas en la composición, pero, en todo caso, demuestran dominio en el desarrollo de personajes y de contenidos interesantes.

Conocimos a Fernando García Blest con motivo de una entrevista pública acerca de su primera novela publicada, *Del otro lado del tiempo*. La crónica se ha encargado de hablarnos de su personalidad. García Blest es hombre maduro. Grande y acucioso lector. Durante gran parte de su vida se ha dedicado exclusivamente a la medicina. Ahora, ante circunstancias bien precisas que le impiden ejercer meticolosamente las delicadas funciones médicas, ha decidido incorporarse al mundo de las letras como escritor. Mucho antes lo había hecho como lector. Se refiere a la novela, generalmente, desde el punto de vista del que lee y encuentra en esta forma literaria la entretención adecuada para restablecer su curso vital, aquel lector que pide ese algo más —indispensable— en la comunicación literaria: contenidos y solaz. La comparación con los espectáculos teatrales y el cine es válida en plenitud. A tra-

vés de sus ojos claros y frente despejada se advierte el temperamento equilibrado del autor. Ha manejado en su obra elementos que son difíciles para una adquisición inmediata. Por eso, ha preferido lanzar al público su segunda producción literaria. La primera es una novela que, por su índole de experimentación, de real ensayo en las letras, causa rubor a su propio creador. García Blest sigue produciendo, y, muy pronto, nuevas ficciones narrativas nos mostrarán el dominio de sus imaginaciones.

La novela que nos ocupa ahora, *Del otro lado del tiempo*, fue objeto de un análisis un tanto descarnado por nosotros, en la entrevista al autor desarrollada públicamente con los auspicios del PEN Club. Ahora, nos limitaremos a ordenar expositivamente gran parte de lo que en aquella ocasión se manifestó. La historia comienza con la toma de posesión de una "vieja casa de provincia" por Hernán. Él ha tenido antes graves problemas que resolver y los va cercando a medida que progresa la trama. Es el propio Hernán quien cuenta lo sucedido: se alejó tempranamente de su hogar, ya sin padres, por desavenirse con su hermano Alejandro. Junto a él, hombre autoritario, está su fiel criado, Juan Antonio. Entre los dos han hecho la vida imposible al mayor de los hermanos, Rubén, quien se alcoholiza. Rubén es morador de la casa, como amparado por Alejandro, y casado con Isabel. Del matrimonio nació Ana Teresa. Cierta vez, cuando Rubén se exasperó con las libaciones, tuvo un arranque de decisiones y tomó el automóvil, hizo subir a su mujer, y se marchó de la casona. Tras una mala maniobra, el coche se fue sobre un poste y se deslizó barranco abajo. Él quedó herido. Isabel murió. Luego, años más tarde, le sigue Rubén, destrozado por esta situación. En casa permanecen sólo Alejandro, la sobrina Anita Teresa y la tía Mercedes. La sobrina crece al lado de él, quien la cuida con esmeros que irritan. Ella se enamora de golpe de un joven, Ernesto, y para casarse tiene que escapar del hogar secundada por tía Mercedes, quien la acompaña desde entonces. Ahora, hace tres meses que ha fallecido Alejandro y regresa Hernán a casa. Allí comienza el relato. Hernán hace diez años que ha estado lejos de los suyos. Hay enigmas en la familia y en tres o cuatro días se suceden sugerencias, dudas, descubrimientos e inculpaciones... Raúl Silva Castro, en prólogo al libro, califica la novela de "inquietante investigación para descubrir la verdad de una existencia". Estas palabras dejan entrever el modo de conducir la narración de Hernán, el narrador personal. La novela no es sólo un mundo de sospechas policiales. Hay dos temperamentos cuya madeja psicológica interesa: Alejandro, objeto de investigación, y Hernán, investigador. Hernán ha desenvuelto con los años una pasión por Anita Teresa. Le intranquiliza vivamente saber el comportamiento de Alejandro, primero con su cuñada, Isabel, y después para con la sobrina. Al heredar la casona nota algo más que suposiciones. Como instrumentos maneja al viejo mayordomo, escurridizo, y leal a su patrón fallecido, y a la mujer, Gertrudis, parlanchina, veinticuatro años menor que Juan Antonio, ex amante de Alejandro a quien odia. Días después de establecerse Hernán en su casa, logra invitar a tía Mercedes y a Anita Teresa (ella ya casada con Ernesto). Con la llegada de ellas al antiguo escenario de Alejandro, se dilucidan los misterios, ese "sorpresivo acontecimiento" y extraño carácter de Alejandro ("algo semejante a un hecho incommovible de la naturaleza") que le inquietan al recibirse de la herencia. El narrador ordena los sucesos como extrayéndolos del pasado, desandando o haciendo desandar el camino que los acontecimientos impusieron, como iluminando esos hechos "del otro lado del tiem-

po" para acá, en donde se constituye la nueva vida de Hernán. "Heredé esta vieja casa de provincia con sus huertos, potreros y sembrados adyacentes, y aunque ella fue la de mis abuelos y mis padres, y también la de mis años juveniles, su posesión significó para mí un sorpresivo acontecimiento". Y prosigue: "Porque su último dueño, mi hermano Alejandro, con su fría e imponente apostura, siempre se me representó como una persona que jamás podría desaparecer, algo semejante a un hecho incommovible de...", pág. 13.

El tiempo de la narración es breve, de días solamente. El tiempo del mundo narrado presenta diversos niveles de buceo en el pasado con escenas revividas y escenas contadas desde otras perspectivas. La manera de narrar es escueta, desabrido su estilo. El porqué de la lealtad de Juan Antonio con Alejandro, es recuerdo de Hernán. El accidente automovilístico está en boca de Gertrudis. La intoxicación alcohólica de Rubén y los minutos finales de Alejandro los relata el viejo Juan Antonio (cuando se ve acorralado por Hernán y cuando desea alejarse de la mansión por temor al odio de Anita Teresa, respectivamente). El comportamiento pasional de Alejandro con su sobrina, está explicado por tía Mercedes y Ana Teresa, como imágenes sacadas de atrás.

El personaje vertebrado aquí es Alejandro. Se le presenta desde distintos enfoques. Tal vez el más débil es el de Gertrudis, un tanto forzado en sus obligaciones para con la señora Isabel y en su matrimonio con Juan Antonio, el criado viejo. El más expresivo para comprender la obra es el de Ana Teresa. Se explica la imagen que queda de Alejandro precisamente a partir de la opinión sentimentalista de la sobrina: "ahora, que lo miro todo desde lejos, lo encuentro siempre tan extraño, que me parece irreal, como si mi pobre tío Alejandro, con sus raros amores y desviadas pasiones, hubiese sido apenas un ente de mi imaginación", pág. 171. Cuando se llega a esta parte de la narración, sucede como si la cascada de acontecimientos que se precipitaba con furia, cayese en remansos. Los torbellinos absurdos que Alejandro poseía por aproximarse a la sobrina se rompen con esa actitud piadosa. Esto es explicable en Hernán, no en Anita. Hernán ve ahora todo con ojos nuevos, retorna al hogar después de fugarse del gesto dominador de su hermano. Para él, el regreso le hace sentir la ausencia de los desaparecidos. Llama a la tía y a su sobrina. Ana Teresa, motivo del amor desviado de Alejandro, tiene huellas profundas de su existencia en la casa. Por lo contado, ella no ha sido débil, puesto que se enfrentó a su tío, se enamoró e impuso su escapada en el ánimo del morboso tío, quien como falto de impulsos vio desmoronarse su edificio pasional. Sin embargo, la participación de Ana Teresa en la trama se resiente en su perfilamiento. Ella hace desembocar la acción hacia el "happy end". García Blest, con efectiva claridad, considera que en este final hubo resabios de la novela tradicional. Por eso, la coincidencia de pareceres entre Ana Teresa y Hernán con respecto a la vida de Alejandro ofrece demasiadas sospechas de acomodo. Además, en las palabras del narrador aparece una intención trascendental que tiene visos de soporte para los personajes del mundo ficticio: "Todos fuimos engañados por esta apariencia, es cierto, y nos dejamos tiranizar, le temimos y sufrimos intensamente; y fue nada más que este espejismo, sin duda, el que nos impidió verlo en su humana y exacta contextura, apenas un hombre igual a cualquiera, con sus cualidades y defectos, que pudo amar y sufrir, y que estuvo capacitado para llegar a ser malo o a ser bueno, como nos puede suceder a cada uno de nosotros...", pág. 174.

Para Hernán, los sucesos le van regularizando su vida particular. El escenario se le presenta despejado, pues la vuelta a la casona provinciana le significaba custodiar el prestigio de la familia y salvarse a sí mismo de cualquiera sombra. Por eso, desde el otro lado del tiempo revivió a su hermano. Es éste el que polariza la atención del lector, pero es Hernán con su mundo en vías de normalidad el que se nos entrega: "Una casa para siempre, un hogar; afectos, risas, planes; seres unidos bajo la razón inmanente y solidaria del amor", exclama el narrador Hernán. En fin, esta es una novela construida diestramente. Débil en los personajes femeninos. Simple en su estilo. Novela con la solución del destino y del mundo de Hernán.

Una historia de la existencia humana. La novela "Crónica del Hombre"
de HERNÁN JARAMILLO

Hernán Jaramillo, hombre andariego, de estampa campesina, de gestos nerviosos y hablar atropellado, brioso y gráfico, se sorprende de su última obra, la novela *Crónica del Hombre*, extensa narración que sucede en escenario bíblico y en tiempos remotos. Los dos volúmenes de la novela no amedrentaron a los miembros del jurado del Premio Municipal de Literatura, quienes distinguieron a *Crónica del Hombre* con el galardón correspondiente a novela del año 1960, en compañía de la de Armando Cassigoli, ANGELES BAJO LA LLUVIA.

Hernán Jaramillo no gusta de permanecer en postura literaria, ni menos pretender lisonjas. Su alma llana y su comprensión del menester literario lo alejan de tal comportamiento. El lector del momento tal vez lo conozca sólo como cuentista de temas chilenos, como condiscípulo de Mariano Latorre, quien en elogioso prólogo lo instó de nuevo a publicar sus producciones. Pocos saben de sus primeros pasos. Al efecto, es útil transcribir las propias palabras de Jaramillo, puestas como introducción al libro de cuentos titulado *Los antojos de Deidamia*: "Mantuvimos la pluma quieta en unos quince años de perezoso descanso intelectual. Abandonamos nuestro incipiente oficio de periodista y empezamos a ganarnos nuestro pan, haciendo esa vida de militares o gitanos que hacen todos nuestros compañeros del Departamento de Riego en Obras Públicas. Durante veintidós años hemos recorrido el país de norte a sur en un peregrinaje de esfuerzo y de cansancio", pág. 8. Cuando en el año de 1952 prolongó sus cuentos, lanzó además, una honesta confesión: "Hemos vivido hasta los cuarenta años en un plano de indiferencia presuntuosa sobre cuanto atañe a nuestra tierra y sus costumbres. Nos parecía, como les parece a muchos, que este ambiente era de una infecundidad irredimible para el arte; para ese arte ajeno a lo pedestre, a lo estático y a lo puramente descriptivo, que reprochaba nuestra sensibilidad nerviosa, siempre eruptiva y que por nada del mundo quería dejar atrás al poeta que abandonó los versos a regañadientes", pág. 7. Con estas frases, se explica la obra narrativa anteriormente publicada de Hernán Jaramillo, y, todavía, se comprende la inquietud con que el autor ha dado a conocer su hazañosa historia de Nabor de la Caldea, protagonista de *Crónica del Hombre*. La actitud que en la actualidad tiene para con su reciente novela puede tomarse de las ya citadas palabras preliminares: "Ni pretendemos de estilistas ni somos exquisitos. El exquisito tiende, salvo raras excepciones, a la inhibición sexual o a la misoginia y a nosotros la